

# Cuestión de fe

Juan Manuel Gelabert



## Capítulo 1

Hace tiempo me preguntaba cuál sería mi misión en la vida, pero no era capaz de hallar una respuesta convincente. Hoy me dejo escapar unos instantes por los pasillos de mi mente; y recuerdo tardes y noches, días enteros, en que lloraba por culpa de los tormentos a que me sometía. La vida era para mí un tren con destino incierto, el simple hecho de vagar en el tiempo hasta la muerte y el posterior olvido o, en el peor de los casos, el peregrinar por el olvido hasta la muerte. Por entonces, vivía en un monoambiente de un barrio bautizado, extrañamente, como "barrio 2000", ya que a juzgar por la ausencia de cloacas y de asfalto hubiera sido más adecuado llamarlo barrio 1500. Dije monoambiente pero no sé si es que acaso se puede llamar de esa forma, a la inmundada tapera de cuatro paredes de durlock, ennegrecidas por la humedad, y techo de machimbre recubierto con zinc, en la que pasaba tardes y noches leyendo; quizá, El Combustible Espiritual de Ari Paluch para salir del callejón de la tristeza. Leía tirado sobre una vieja cama de madera que pagué cuarenta pesos en una compraventa de muebles, y que junto a un par de cubiertos, y a una olla que con cada cocción iba perdiendo cada vez más su forma original; completaba el inventario de mis posesiones. Estaba desempleado, mi último trabajo había sido como cadete para una concesionaria de autos, en negro y por cincuenta pesos diarios, que a duras penas me alcanzaban para pagar el alquiler y comer, parado, de la olla mencionada, los fideos o el arroz que se encontrarán de oferta. Recuerdo, y advierto que estaba realmente loco. Usted, hasta ahora, no entenderá por qué si hace tiempo me creía loco he dejado de serlo; pero si yo le dijera que la vida nos da esos golpes que enderezan nuestro camino y nos dejan viendo el paisaje totalmente despejado, quizá usted, empezara a entender la cuestión, o tal vez no. Tal vez ahora el ovillo se ha transformado en una maraña y se encuentra totalmente enredado. Al fin y al cabo, he descubierto que lo que nos moviliza a realizar acciones positivas en la vida, es la fe. La fe es el motor de nuestras emociones, y no hablo sólo de fe religiosa, hablo también de fe en uno mismo. En mi caso, la fe religiosa y la fe personal van de la mano, y ahora usted comprende menos que antes, aunque trato de ser lo más claro posible. Hará cerca de unos tres años, días más, días menos, usted comprende que cuando se habla del pasado los días no son tan importantes; incluso los años, si habemos quienes afirmamos que Jesús nació 7 años antes de lo que se creía, o sea que estamos en el año 2024. Pero esto a nadie le importa, después de todo: ¿qué son 7 años si según el tango 20 no son nada? Bueno, supongamos que fue hace tres años, o sea en el 2021, o según usted en el 2014; pero no me voy a adentrar en minuciosas discusiones que carecen de sentido. Para evitar cualquier tipo de debate digamos que a mis treinta años, andaba en la búsqueda de un trabajo caminando por calle Corrientes. Mi aspecto daba tanta pena que hasta

Hitler me hubiese cobijado de cruzarme, llevaba la barba y el pelo largos, unas alpargatas cuya suela cambiaba de acuerdo a la vereda que pisaba, una remera del último recital de Sui Generis en el Luna Park, heredada de mi padrastro y desteñida por los lavados y el tiempo, que cualquiera usaría de pijama o más bien de camión; y un pantalón viejo y gastado al que necesitaba atarle un hilo entre el botón y el cierre, para evitar que éste se bajara. Caminaba con la mirada perdida recorriendo las vidrieras, hipnotizado por el exceso de ofertas inalcanzables para mí y la paquetería de los peatones del microcentro; cuando desde un colectivo, un chico que a juzgar por su aspecto no tenía más de 18 años, me gritó: ¡Sálvanos Jesús! A usted se le debe figurar mi cara de asombro ante aquella extraña exclamación, y le puedo asegurar que es tal cual usted la imagina. Era evidente que la situación en la que se encontraba el país necesitaba de un salvador: la caída de la bolsa de Wall Street en 2010; la no sanción de la ley reguladora de las retenciones al campo; el inminente pago a los fondos buitres; la grieta entre los distintos sectores de la sociedad; y el desempleo creciente del que formaba parte, vaticinaban la profundización de la crisis; aún así, no entendía por qué el pibe había notado en mí cualidades mesiánicas. Con el mismo asombro que manifestaba mi rostro ingresé en la primera librería que tuve a mi alcance. Me atendió un tipo de alrededor de cuarenta años, alto, serio, con los típicos anteojos culo de botella que volvieron a ponerse de moda; camisa blanca con el logo del comercio bordado en la parte superior izquierda, y un pantalón de vestir negro; de no ser por el logo en la camisa hubiera jurado que era empleado de un servicio de sepelios. Le pregunté cuál era el sector de literatura religiosa y me guió hasta el fondo del amplio local. Estuve parado un rato leyendo los títulos: Pare de sufrir; Epistolario espiritual; e Introducción al Budismo; son sólo algunos del centenar que podían encontrarse. Esperé a que un cliente solicitara ayuda al vendedor, miré cautelosamente a todos los empleados y, cuando estuve seguro de que no era observado, tomé una biblia y algunas biografías sobre la vida de Jesús y las guardé debajo de la fina campera que tenía puesta. Permanecí diez minutos más mirando los libros y antes de salir, saludé cortésmente al vendedor agradeciéndole su atención, y a cada uno de sus colegas para no levantar sospechas. Evitando pensar en lo sucedido con el chico, caminé toda la tarde hasta por fin, regresar al caer el sol, a mi casa. Una vez en mi hogar me recosté unos minutos en el lecho. Cuando la intriga me hubo poblado comencé a investigar los libros que había robado, me puse de pie, contemplé largo rato mi rostro frente al espejo; y mi asombro fue aún mayor, mi cara era la copia fiel de Cristo, el pelo largo, la barba y la mirada penetrante; yo tenía algunas arrugas menos, pero era innegable que los retratos que poseía correspondían a su último año de vida.

Usted ahora se encuentra en una nebulosa y le puedo asegurar que lo comprendo y haré el mayor esfuerzo por rescatarlo; pero créame, ese día frente al espejo, descubrí que yo era la reencarnación de Jesús y debía continuar la misión que él había emprendido.

A partir de entonces, comencé a predicar la palabra de Dios en cualquier

sitio donde algún oído podía escucharme. La primera vez fue en la puerta de una librería llamada Dickens, ubicada en Corrientes al 1600. Aquel local me atrajo por contar con la edición de un libro desconocido de Juan Rulfo, titulado "El Gallo de Oro"; y como entendía que haber encontrado ese ejemplar inédito era obra de una revelación divina, me pareció el lugar propicio para comenzar mi tarea. Fui vestido con remera y pantalón blancos porque es el color que refleja la pureza del alma. Al principio, me invadió una sensación que no era ni timidez ni emoción pero que se parecía a ambas; sin embargo, respiré profundamente durante unos segundos, tiré al suelo una sábana para evitar ensuciarme, me senté, y tomando fuerzas comencé a leer la parábola del buen samaritano. Mientras leía observaba cómo iba y venía la gente, frenética; Buenos Aires es una ciudad en la que todos parecen estar llegando tarde a cualquier lado. Nadie entendió mi mensaje. La mayoría ignoró mi presencia y continuó su paso mirando al suelo. Hombres y mujeres peinados y vestidos rigurosamente a la moda; los primeros, en general, luciendo camisas blancas, con los dos botones superiores desprendidos; zapatos negros o marrones lustrados con empeño y, pantalones de una delicada tela, confeccionados probablemente en alguno de los talleres clandestinos que abundan en la ciudad. Las mujeres por su parte, maquilladas hasta la tristeza, de minifalda o pantalones oscuros y blusas blancas o de colores tenues; ropa que seguramente también procedía de talleres ilegales, y zapatos importados con tacos preferentemente altos que hacían trastabillar a más de una en el andar. Un tipo de saco y corbata, que apostaría se desempeñaba como empleado bancario, me tiró un billete de cincuenta pesos, yo le dije que no buscaba la limosna de nadie y quise perseguirlo para devolvérselos; pero no logré alcanzarlo, esa plata me sirvió para comprar el libro de Rulfo. Una señora de unos cincuenta años, muy paqueta, con un colgante de oro en el cuello; de esas que viven de criticar a los demás o de hacer zapping entre los programas de chimentos; y que dicen cosas como: algunas se embarazan para cobrar la asignación, me gritó: ¡andá a laburar vago!. Yo intenté con tono ameno, explicarle que no tenía trabajo, que en realidad mi trabajo consistía en prodigar la palabra de Dios; me miró con asco y siguió su camino. Después de dos horas volví a casa preocupado por los resultados de mi primer día. Usted no sabe lo difícil que es vivir mientras el universo entero te niega la identidad.

Al cabo de una semana en la puerta de Dickens desistí la empresa. Pensé que era mejor buscar un lugar en donde la gente estuviera dispuesta a escuchar y no anduviera de paso; un lugar en el que se reflejaran todas las problemáticas cotidianas, que reuniera al empresario, al ejecutivo, a los amantes, los novios, los despechados, al explotador y al explotado; así fue que decidí ir a predicar a los bares.

Elegí el barrio porteño de San Cristóbal para continuar mi misión atraído por la santidad de su nombre. Una noche tomé en Once el colectivo 41 y bajé en Carlos Calvo al 2600, caminé un par de cuadras hasta que me encontré en la puerta de un bar llamado "Café la Humedad". La fachada de ladrillos negros, poco común, y los pilares blancos similares a los de un

templo antiguo sosteniendo el toldo negro que sobresalía por encima de la puerta, me convencieron de que era el lugar indicado. Entré y me quedé mirando un rato el piso de cerámicos blancos y negros, intercalados, que me recordaron a los tableros de ajedrez. Todo en aquel bar, a excepción de las paredes de ladrillo rojizo, era blanco o negro. Las sillas estaban cubiertas por un lienzo blanco de finísima calidad que dejaba advertir los respaldos de forma arqueada; las mesas eran de madera enchapada, sostenidas por un pie negro cilíndrico ubicado en el centro, y la superficie del tablero era también negra, contorneada por una delgada línea blanca que formaba, de esta manera, dos cuadrados. Al fondo, cerca de los baños, había dos sujetos sentados vestidos con trajes beige, sobre la silla restante tenían un estuche que parecía de bandoneón; en la mesa había un par de vasos de whisky y dos líneas blancas muy distintas a la que la adornaba. Subida al escenario una orquesta de jóvenes entonaba el tango cambalache. Un mozo alto, fornido, rubio y de ojos verdes, que no podía ocultar su origen brasileño cuando decía "muchas gracias" a los clientes que se retiraban dejándole propina; me dijo amablemente que si quería permanecer en el lugar, debía tomar asiento y pedir algo para consumir. Me senté en el centro del salón y ordené una botella de agua que bendije antes de servir. El bar estaba casi repleto. En la mesa más cercana a la entrada, un hombre de bigote ralo con un portafolio gris encima del tablero, revolvía papeles continuamente. A mi lado había dos mujeres, una ancha, premenopáusica, de pelo castaño, cuyo rostro conservaba las marcas del llanto en el maquillaje corrido; y otra un poco más joven, pelirroja, muy flaca; la típica mujer a la que más de uno le decía: "si seguís así vas a desaparecer"; y que, aburrida de escuchar dicha sentencia mentía con acidez: "lo que pasa es que soy anoréxica". Pensé en lo importante que sería para la mujer gorda escuchar la palabra divina, tenía la oportunidad de salvar un alma. En otra mesa aleada había cuatro tipos de más de cincuenta años hablando de fútbol, eran los habituales asistentes de la casa, esos que nunca faltan en ningún bar, lo noté por la manera confianzuda de tratar al mozo. Empecé a transpirar a continuamente, estaba nervioso y angustiado. El show seguía y cada segundo me resultaba insoportable. Sentía que todo era una locura y había decidido marcharme, cuando llegó a mí una nueva revelación proveniente del escenario: "mi casa es donde canto porque aprendí a escuchar, la voz de Dios que afina en cualquier lugar"; entonaba el cantante. Era la resistencia a mi rendición, el mensaje que necesitaba para tomar valor, Moisés separando las aguas y abriendo camino a la salvación. Luego de terminar la Milonga del trovador, la orquesta anunció que sólo iba a hacer un tema más. De nuevo me invadieron el nerviosismo y la inseguridad, temía quedarme paralizado cuando fuera a hablar. Hice señas al mozo para que me trajera la cuenta; estaba resignado como ateo que enfrenta la muerte, condenado a llevarme a la tumba la liberación de los hombres; cuando otra vez, la voz del cantante me llenó de esperanza: "Aullando entre relámpagos, perdido en la tormenta de mi noche interminable ¡Dios! busco tu nombre". Entonces nada podía detenerme, no había duda de que eran el momento y el lugar indicados para cumplir mi

tarea.

La orquesta terminó y los presentes aplaudieron enérgicamente durante un minuto que pareció eterno. Después, se hizo un silencio litúrgico, propicio para que pudiera ser escuchado. Ahora, habiendo advertido el mal resultado de la parábola, sabía que necesitaba decir algo contundente, que calara hondo en las almas de los presentes. Así que me puse de pie, y dije: damas y caballeros, hermanos y hermanas, llevan en sus oídos la más maravillosa música, que es la voz, la palabra del reino divino; y de un tirón empecé a predicar los diez mandamientos. Todos permanecían en silencio, estupefactos, los dos del fondo ni siquiera pestañeaban, la mujer gorda esbozaba una sonrisa, por fin creí haber encontrado la receta justa. Pero la ley de Murphy es una sentencia infalible; y evidentemente, habían concurrido muchos infieles, porque cuando mencioné el séptimo mandamiento: "no cometerás adulterio", la mitad de la clientela se puso de pie y me hizo sentir su hostilidad. Uno de los futboleros, de negra melena teñida, al que llamaban Cacho y que luego supe era el dueño del bar, se abalanzó sobre mí. Al verlo, sólo atiné a decir: no me peguen soy Jesús; pero todos estaban enardecidos y creo que nadie me escuchó. Me salvó del trance un señor canoso con facha de intelectual al que no había notado antes, que se interpuso diciéndole: dejalo, el pibe ya se las estaba tomando. Atravesé la puerta como un condenado a muerte, en calma y en silencio, humillado, cabizbajo. Entonces, escuché el grito desde la entrada de: ¡pibe! Era mi defensor, le di las gracias y me dijo: te voy a hacer una sola pregunta. Si la palabra de Dios es justa, explicame, "¿por qué no existe un mandamiento onces, que obligue a la mujer no codiciar al hombre de su prójima?" Yo lo miré atónito y derrotado, el hombre sonrió y se esfumó detrás de la puerta del salón. Usted no sabe lo difícil que es llevar en el alma el peso de la voz de Dios, pero le aseguro que es mucho más difícil cargar con el peso de la voz del silencio.

Luego de aquel nefasto episodio pasé una semana en cama, deprimido, preguntándome cómo era posible que nadie reconociera a Jesús en mí, qué era lo que debía hacer. Retomé los libros de autoayuda y decidí volver a buscar trabajo. Otra vez el microcentro me tenía deambulando por las calles. Para no distraerme con las vidrieras de Corrientes inicié el recorrido por Viamonte. Al llegar al 600 un muchacho me entregó un volante con la foto de una mujer en ropa interior, y un slogan que decía: Viamonte 636 el placer divino. Entonces, se me ocurrió que mi error radicaba en querer salvar a todas las almas con una sola acción, y que era necesario invertir la fórmula; para cada alma, múltiples acciones. Caminé hasta el lugar publicitado. Era una casa de fachada antigua, con una puerta de dos hojas de madera y vidrios rectangulares, esmerilados, que impedían ver el interior, protegidos por un par de barrotes de reja verticales respectivamente. Toqué timbre y abrió la puerta una mujer alta, de rostro anémico, pelo largo y negro; con los dientes marrones de tabaco y uñas largas, exageradamente maquillada, y revelando todos sus pecados a través de la mirada. Me invitó a pasar por un largo y oscuro pasillo que conducía al cruzar una cortina roída, hacia la sala principal. Usted no sabe

lo que era eso, el aire propagaba la hediondez de la miseria y el pecado. Detrás de la cortina brillaban bombitas rojas y amarillas, y lo primero que vi fue una gastada mesa de pool que ocupaba el centro de la sala. Hacia la derecha se encontraban las dos mesas de madera barnizada que ofrecían a los clientes, la posibilidad de una espera cómoda al calor de un buen trago. La primera estaba desocupada; y en la más cercana a la pared, un policía pelado y vestido de uniforme tomaba cerveza de espaldas a mí. En el extremo opuesto y en diagonal se hallaba una rockola y, exactamente frente a las mesas; es decir, hacia mi izquierda, había un pasillo que debía conducir a las habitaciones. Esta vez no dije nada, esperé en calma a que la mujer de la puerta me presentara a "sus chicas", eran tres y sólo voy a decir que todas provenían del interior del país; no evito la descripción por pereza ni capricho, sino porque eran menores de edad. Pregunté sus nombres y como ninguna se llamaba María Magdalena, me palpé los bolsillos y simulé haber perdido la billetera, rápidamente me invitaron a retirarme. Busqué en dos o tres cabarets más de la zona sin obtener resultados, y temiendo convertirme en el farmacéutico de Arlt, renuncié a la idea y emprendí el regreso.

Al llegar a la estación de Once encontré a un linyera durmiendo sobre cartones. Recordé la parábola del buen samaritano y con agua que bendije previamente me puse a limpiarle la cabeza. Despertó de un saltó, me miró y me dijo: ¡Jesús!. Usted no puede darse una idea de la sensación de felicidad que recorrió mi cuerpo. Al fin era reconocido justamente. Con pocas palabras supe que se llamaba Matías y decía tener cuarenta años, aunque aparentaba más de sesenta. Ahora era el momento de dar un nuevo paso hacia la salvación de los hombres, así que lo invité a vivir conmigo y no dudó en aceptar la oferta. Me confesó que su vida se había derrumbado en los noventa cuando cerró la fábrica de zapatillas en la que trabajaba. Desde entonces se dedicó al digno oficio de cartonero.

Convivimos durante una semana en la que nos hicimos grandes amigos, yo lo llamaba: " el viejo Matías". No crea que lo eché; al contrario, como ya no podía seguir pagando el alquiler, me invitó a vivir en la estación de once, acepté feliz de compartir el dolor del prójimo. Fue entonces que las veredas se convirtieron en mi cama y el techo se cubrió de estrellas.

Nunca dejé de predicar la palabra de Dios en la vía pública; y a pesar de que la gente se ha encargado de realizar todo tipo de ofensas hacia mí, he sabido perdonarlas.

Los datos son precisos: al igual que Cristo nací un 25 de Diciembre, mi madre se llama María, a mi padre jamás lo conocí y mi padrastro se llama José. A pesar de esto, se que a usted le cuesta aceptar la idea de que soy la reencarnación de Jesús; es por eso que me guardé un as bajo la manga: a Jesús a los 33 años lo crucificaron, a mí, más inteligentes, para evitar mi resurrección y acordes a los tiempos que corren, me colocaron el chaleco de fuerza que llevo puesto.